

## “Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura”: la aventura guardada en el *Quijote*\*

Daniel GUTIÉRREZ TRÁPAGA  
Universidad Nacional Autónoma de México

Desde sus orígenes, la novela de caballerías<sup>1</sup> tiene como elemento central la aventura, como se ha señalado al definir el género: “a story of adventure, dealing with combat, love, the quest, separation and reunion, other-world journeys, or any combination of these”.<sup>2</sup> Además, la aventura está vinculada directamente con la caracterización del protagonista: “la aventura se impone como tipo de estructura narrativa de la novela artúrica, definiendo el perfil del nuevo héroe, caballero andante en busca de aventuras que le permitan poner a prueba y probar al mundo entero sus grandes capacidades”.<sup>3</sup> Dicha afirmación, sobre la relevancia de la aventura en la estructura y en la caracterización, puede hacerse extensiva para el resto del género.

En el *Quijote* la aventura condiciona la estructura episódica de la novela, el ideal caballeresco de don Quijote, y es un importante motor narrativo: “le pareció conveniente y necesario [al hidalgo], así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballos a buscar las aventuras...”<sup>4</sup>

Aunque el objetivo de este trabajo es la aventura guardada en el *Quijote*, es necesario revisar las características más importantes de la aventura caballeresca, en general, y de la aventura guardada, en particular. Así, se determinará qué elementos de la novela de caballerías conservó Cervantes, cómo los utilizó y cuáles introdujo en las aventuras guardadas del *Quijote*.

\* Agradezco al doctor Axayácatl Campos García-Rojas y la doctora Margit Frenk por las observaciones hechas a las versiones preliminares de este texto.

<sup>1</sup> El término *libro*, aunque preferido por la mayor parte de la crítica actual y utilizado en el siglo XVI, no era el único existente y convivía de manera indistinta con *crónica* e *historia*. Desafortunadamente, *libro* no aporta ningún rasgo común a los textos que pretende agrupar, por lo que genera un problema de pertenencia genérica. El término *novela*, aunque *anacrónico*, resuelve dicho problema. Por tanto utilizaré *novela* para referirme a las narraciones caballerescas hispánicas escritas entre finales del siglo XV y principios del XVII.

<sup>2</sup> Alan Deyermond, “The Lost Genre of Medieval Spanish Literature”, en *Hispanic Review*, 43, p. 233.

<sup>3</sup> Rosalba Lendo, “La evolución de la figura del caballero en la novela artúrica francesa”, en Aurelio González y María Teresa Miaja de la Peña, eds., *Caballeros y libros de caballerías*, p. 87.

<sup>4</sup> Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, pp. 30-31.

Williamson aporta una de las definiciones más completas de la aventura caballerescas: “The notion of adventure involves a sense of the unknown and the unexpected [...]. The perilous nature of these adventures ensures that the hero is a man far above the common herd; [...] Adventures define characters, sorting them out into fairly simple moral categories”.<sup>5</sup> Además de los elementos constitutivos aportados por el crítico, la cita también destaca la importancia de la aventura para la caracterización del héroe. Luego, la aventura, de manera general, es una prueba que determina las virtudes del personaje y muestra su evolución como caballero.

A diferencia de la épica, el héroe caballeresco no representa los valores de toda una comunidad nacional, sino sólo a una parte, como lo señala Köhler: “La pérdida de una función política concreta abandona al caballero a sí mismo y sólo su reivindicación de pertenecer a los grupos superiores reintroduce la *aventure*, elevada al rango de prueba totalmente personal en el seno de la comunidad, es decir del estamento nobiliario y, por consiguiente, bajo las leyes de la ética feudal”.<sup>6</sup> Así, en las novelas de caballerías, la aventura permite mostrar a un caballero idealizado en función de los valores feudales.

La incorporación del amor cortés al modelo del caballero es el otro elemento central de su caracterización y el rasgo que más lo distingue de los guerreros épicos. Entonces, el caballero cortés reúne virtudes como: nobleza del alma, generosidad y fidelidad a su dama; su belleza física refleja estas virtudes. Por otra parte, el amor también pertenece a la aventura: “Love and adventure are the main concerns of romance. Of the two, adventure is intrinsically more important because love in romance is always conceived as a form of adventure”.<sup>7</sup>

El elemento religioso también fue rápidamente introducido en la configuración del caballero. Por tanto, existieron tres grandes modelos de caracterización de los caballeros: el caballero noble y cortés, como Gauvain; el caballero amante, regido por el amor a su dama, como Lancelot, y el caballero a lo divino, como Galaad.<sup>8</sup> Esta clasificación también resume los principales ejes temáticos de la novela de caballerías: armas, amor y religión. El predominio de una de las temáticas señaladas caracteriza al héroe y sirve de motor central de las aventuras. Por ejemplo, don Quijote desea ser un caballero amante, como él lo establece al querer imitar a Amadís, quien “fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera del amor y de la caballería militamos”.<sup>9</sup> Luego, Cervantes hizo que su caballero buscara aventuras bélicas y amorosas, mas no religiosas.

Entre las diversas aventuras que tienen los caballeros se encuentran las aventuras guardadas, es decir, aquellas en que sólo puede triunfar el héroe señalado. Para deter-

<sup>5</sup> Edwin Williamson, *The Half-Way House of Fiction. “Don Quixote” and Arthurian Romance*, p. 24.

<sup>6</sup> Eric Köhler, *La aventura caballerescas. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, p. 66.

<sup>7</sup> E. Williamson, *op. cit.*, p. 23.

<sup>8</sup> R. Lendo, “La evolución de la figura del caballero...”, en *op. cit.*, pp. 89-91.

<sup>9</sup> M. Cervantes, *op. cit.*, pp. 234-235.

minar sus rasgos centrales en las novelas de caballerías hispánicas utilizaré la aventura de la Peña de la Donzella Encantadora del *Amadís de Gaula* y su continuación, las *Sergas de Esplandián*, ambas obras de Garcí Rodríguez de Montalvo. Esta aventura inicia cuando Amadís, tras descubrir la Peña, acude a ella en compañía de Grasandor. Mientras ambos caballeros suben a ella con dificultad, encuentran varios letreros proféticos. El segundo de ellos dice: “En vano se trabajará el cavallero que esta espada de aquí quisiere por la valentía ni fuerça que en sí aya, si no es aquel que tiene las letras de la imagen figuradas en la tabla que ante sus pechos tiene señala, y que las siete letras de su pecho encendidas como fuego con éstas juntará. Para éste se ha **guardado** por aquella que con su gran sabiduría alcanzó...”<sup>10</sup>

Así, un primer rasgo es que se enuncia de manera explícita y profética, por alguien o algo distinto al caballero que prueba suerte, que la aventura está guardada.<sup>11</sup> En este caso, a través de unas letras en la puerta de la cámara del tesoro, que señalan los rasgos que permiten identificar al caballero elegido. Casi siempre dichos rasgos y la profecía resultan oscuros, por lo menos al interior de la diégesis. En la aventura de la Peña sólo Amadís entiende para quién está guardada la aventura, pues conoce al poseedor de las misteriosas letras: “luego le vino a la memoria ser tales aquéllas como las que su hijo Esplandián tenía en la parte siniestra; y creyó que para él [...] estava aquella **aventura guardada**”.<sup>12</sup>

Otro rasgo de este tipo de aventuras es su origen extraordinario, ya sea maravilloso, como en el caso de esta aventura dejada por la Donzella Encantadora, o milagroso, como en la búsqueda del Grial. Por tanto, el caballero es probado por fuerzas sobrehumanas. En caso de ser el elegido, más allá de las marcas físicas, la verdadera seña de reconocimiento es el triunfo en la aventura, pues posee las virtudes requeridas para superarla.<sup>13</sup> Esplandián lo muestra al sobrevivir el ataque de la sierpe y tomar la espada, acción que abre la Cámara Encantada: “y cómo [Esplandián] vio venir contra sí la sierpe, fue cuanto más rezio pudo y soltando el palo de la mano tiró por la espada tan rezio que la sacó. Y luego las puertas se abrieron ambas...”<sup>14</sup> Además, al interior, el héroe encuentra una profecía sobre sí mismo, lo que reafirma que para él estaba guardada.

Williamson señala que: “Adventure, then, even in its most elementary form is important because it postulates problems of identity and destiny”.<sup>15</sup> La aventura guardada, más que cualquier otra, define la identidad y el destino del caballero, pues las fuerzas sobrenaturales que lo reconocen como el predestinado lo caracterizan como el

<sup>10</sup>Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, p. 1707. En todos los casos las negritas son mías.

<sup>11</sup>La frase *aventura guardada* puede aparecer o alternar con *aventura reservada*. Estas dos frases, aunque muy frecuentes, no siempre aparecen, pues el contexto permite sobreentenderlas.

<sup>12</sup>G. Rodríguez de Montalvo, *op. cit.*, p. 1707.

<sup>13</sup>En *Le Conte du Graal* de Chrétien de Troyes, el personaje de Perceval demuestra que no basta ser el caballero destinado para triunfar en una aventura guardada. Así, la primera vez que Perceval llega al castillo del Rey Pescador falla, pues no hace las preguntas correctas, por lo que debe continuar su perfeccionamiento.

<sup>14</sup>Garcí Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, p. 123.

<sup>15</sup>E. Williamson, *op. cit.*, p. 24.

mejor entre sus pares. La importancia de la aventura guardada también se debe a que ésta ocurre en muy pocas ocasiones en la biografía caballeresca.

La dificultad de estas aventuras suele recalcar con el fracaso previo de los caballeros no elegidos, como Amadís, el mejor caballero hasta entonces, o como los personajes que tratan inútilmente de acceder al tesoro de la Cámara Encantada, cuyas puertas sólo se abren ante Esplandián.<sup>16</sup>

Una vez descritos los principales elementos y funciones que conforman este tipo de aventuras caballerescas, es posible compararlos con los del *Quijote*.

### *Primera parte*

La primera vez que se menciona una posible aventura guardada ocurre en el episodio de los encamisados. El narrador, antes de que don Quijote salga a encontrarlos, nos permite conocer el pensamiento del caballero: “Figurósole que la litera debía de ir algún malferido o muerto caballero, cuya venganza **a él solo estaba reservada**, y, sin hacer otro discurso, enristró su lanzón...”<sup>17</sup> Aquí hay una ruptura con la tradición caballeresca, pues en este episodio es el personaje que va a enfrentar la aventura quien decide que ésta se encuentra guardada y que lo está para él. Por tanto, tampoco hay elementos preexistentes, maravillosos o milagrosos, destinados a identificar al caballero elegido.

A diferencia de lo que ocurre en otros episodios, como el de los molinos de viento, no es tan extraño que don Quijote confunda a los encamisados con una aventura de novelas de caballerías. Además de la presencia de elementos desconocidos e inesperados, la situación asemeja al capítulo LXXVI del *Palmerín de Inglaterra*, texto que podemos suponer había leído el hidalgo, pues es salvado en el escrutinio de su biblioteca. Sancho, a causa de la oscuridad, también piensa que está viendo fantasmas y el narrador afirma que se trata de una “temerosa visión”. Todo lo anterior justifica la confusión del hidalgo y, tras la aclaración del bachiller Alonso López, el caballero queda convencido de su error: “quitado me ha Nuestro Señor del trabajo que me había de tomar en vengar su muerte”.<sup>18</sup>

Aunque ésta sea una de las confusiones más comprensibles de don Quijote, en ella no hay características que correspondan a las de la aventura guardada de las novelas de caballerías. Probablemente, el héroe cervantino, pensando según su referente literario, cree que como caballero está predestinado y, por tanto, deben existir aventuras guardadas para él. Así, la decepción del de la Triste Figura surge del contraste de las

<sup>16</sup>G. Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, p. 495.

<sup>17</sup>M. Cervantes, *op. cit.*, p. 168. Aunque el narrador utiliza el término *venganza*, no cabe duda de que don Quijote cree estar ante una aventura, como lo afirma el hidalgo poco antes: “Esta, sin duda, Sancho debe ser grandísima y peligrosísima **aventura**”, *ibid.*, p. 167. *Hazaña, hecho, peligro y empresa*, como se mostrará adelante, son términos que alternan con *aventura* de manera casi indistinta a lo largo del texto cervantino.

<sup>18</sup>*Ibid.*, p. 170.

reglas del mundo de las novelas de caballerías con el del *Quijote*: “El mundo de la ‘prueba caballerisca’ es un mundo de aventuras; no sólo contiene una ristra casi ininterrumpida de aventuras, sino que no contiene otra cosa; nada ocurre en él que no sea escenario o preparación para una aventura. [...] Don Quijote no se encuentra con un mundo especial, preparado para la prueba caballerisca, sino con un mundo cualquiera, real y vulgar”.<sup>19</sup>

Luego, al no existir la aventura, don Quijote no puede probar su caballería y, aún más, al no haber aventura guardada no existen señales que permitan reconocerlo como el elegido. De ahí que el hidalgo manchego busque estas aventuras, aún cuando en su propia interpretación de la realidad la situación no corresponda a lo establecido por la novela de caballerías respecto al mencionado tipo de aventuras. Esto es un primer asomo de la desesperación que produce en él el contraste entre la realidad circundante y sus expectativas caballerescas.

En el episodio de los batanes, de nuevo en una noche oscura, don Quijote y Sancho escuchan sonidos extraños e inesperados, que llevan al hidalgo a creer que se encuentra ante una aventura. El narrador no aclara su origen, hasta que, a la mañana siguiente, los personajes descubren los batanes. Por lo que parece tratarse, una vez más, de una confusión comprensible del caballero manchego. Conforme la pareja se aproxima al origen del ruido, don Quijote, en un largo discurso, dice a Sancho, entre otras cosas: “Yo soy aquel para quien están **guardados** los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos”.<sup>20</sup> Aquí, además de la presencia de la aventura guardada, destaca que don Quijote se nombra a sí mismo como el héroe elegido. Esto rompe con el esquema tradicional de la aventura guardada, donde una fuerza sobrenatural reconoce al caballero tras su triunfo. Don Quijote ni siquiera ha vencido aún, pero manifiesta su confianza ciega en la existencia de su destino caballeresco.

La grandilocuencia de don Quijote, junto con la sencilla manera en que Sancho lo engaña para evitar que acometa la aventura y el descubrimiento al amanecer de los batanes, permite al escudero parafrasear irónicamente a su amo: “Has de saber, ¡oh Sancho amigo!, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están **guardados** los peligros, las hazañas grandes, los valerosos hechos...”<sup>21</sup> Sancho retoma en su burla, precisamente, el tema del destino caballeresco y la aventura guardada. Así, el uso irónico de este tipo de aventuras es uno de los muchos elementos del episodio que tienen una función humorística y permiten conocer la faceta burlona del escudero.

Este segundo fracaso, en lo que don Quijote cree una aventura guardada, deriva de no poder mantener sus altaneras palabras autodefinitorias y de ser incapaz de reconocer una aventura. Queda de manifiesto, de nuevo, que no existe un destino heroico para

<sup>19</sup>Eric Auerbach, “La salida del caballero cortesano”, en su *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, pp. 132-133.

<sup>20</sup>M. Cervantes, *op. cit.*, p. 175.

<sup>21</sup>*Ibid.*, p. 184.

don Quijote y que la diferencia entre sus expectativas literarias y su realidad sólo lo llevan a fallar como caballero. Además, al hablar en voz alta y luego fracasar, se deshonra a sí mismo.

Varios capítulos después, Dorotea, disfrazada de la princesa Micomicona, cuenta a don Quijote una historia en la que recurre a la aventura guardada para explicar por qué le solicitó un don en blanco:

Dijo [...] mi padre [el rey Tinacrio el Sabidor] que [...] me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando un caballero andante cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si no mal recuerdo, *don Azote* o *don Gigote* [...] Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas.<sup>22</sup>

Esta narración posee los principales tópicos de la aventura guardada, a diferencia de las menciones hechas por don Quijote. En la ficción creada por Dorotea, los elementos adivinatorio y maravilloso existen, pues un mago profetiza que sólo don Quijote podrá vencer al gigante, Pandafilando de la Fosca Vista. También existe el reconocimiento del caballero a través de una marca física, como en el caso de Esplandián. Este elemento, junto con el nombre del gigante, es utilizado de manera paródica, pues don Quijote, buscando confirmar que es el elegido, trata de desnudarse para buscar el lunar. Pero Sancho y Dorotea lo detienen y le confirman que sin duda se trata de él. Por último, la falsa princesa informa: “el cual [*i. e.* el padre de la princesa] también dejó dicho, y escrito en letras caldeas o griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa y le diese la posesión de mi reino junto con el de mi persona”.<sup>23</sup> La presencia de padrones con letras proféticas en lenguas extrañas es frecuente en las aventuras caballerescas reservadas, como en el episodio de la Peña de la Donzella Encantadora. Aunque, en el *Quijote*, este elemento ha perdido sus funciones tradicionales: identificación del héroe, suspenso, etcétera. Aquí contribuye en la comicidad del relato. Así, son innecesarias las lenguas exóticas, si la princesa conoce el contenido de la profecía.

La aventura concluye con el episodio de los cueros de vino y en el capítulo XXXVII cuando el caballero acusa al padre de la princesa de transformarla en “particular doncella” para asegurar su ayuda.<sup>24</sup> Luego le cuenta la “hazaña” de los cueros de vino a la princesa y además le dice: “hallará a cada paso [el padre de Micomicona] como otros caballeros de menor fama que la mía habían acabado cosa más dificultosa, no siéndolo matar a un gigantillo...”<sup>25</sup> Don Quijote utiliza palabras presuntuosas y soberbias, al

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 303.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 304-305.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 386.

<sup>25</sup> *Idem.*

grado de despreciar la aventura. Al afirmar que cualquier caballero hubiera podido derrotar al gigante, implícitamente descalifica la aventura como una guardada y sugiere que se trata de otro engaño producto de la ignorancia caballeresca del rey. Así, por tercera ocasión, la aparición de la aventura guardada se encuentra disociada de sus funciones tradicionales en la narrativa caballeresca.

La resolución de dicha “aventura” resulta ambigua, pues don Quijote parece darse cuenta de que quizá fue engañado y reconoce no haber derrotado al gigante, al afirmar que vive.<sup>26</sup> El caballero nunca concluye la aventura y tampoco se vuelve a recordar que estuviera guardada, como sí ocurre en otros fracasos del caballero.

Otra mención de este tipo de aventura ocurre en la venta, cuando el narrador relata los pensamientos de don Quijote:

En resolución, viéndose, don Quijote atado [...] se dio a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento [...] y maldecía entre sí su poca discreción, pues habiendo salido tan mal la primera vez de aquel castillo, se había aventurado a entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos **guardada**, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla por segunda vez.<sup>27</sup>

La situación en que se encuentra el hidalgo, producto de un engaño de Maritornes, lo lleva a pensar en una aventura guardada para otro caballero. Tal explicación concuerda con que el caballero de la Mancha está convencido desde el capítulo XVII de que la venta se trata de un castillo encantado. Una vez más, no hay ningún elemento previo en la realidad o en la imaginación de don Quijote que coincida con los elementos que conforman la aventura guardada. Aunque la mención resulta arbitraria, su función sí coincide con la de las novelas de caballerías, ya que el fracaso en la aventura guardada implica no ser el caballero elegido, a causa de algún vicio o pecado cometido. En las dos primeras ocasiones, el caballero manchego no fracasa en las aventuras, pues descubre y reconoce que no existen. En la aventura de la princesa Micomicona, don Quijote desmiente que estuviera guardada. Entonces, el caballero manchego por primera vez confirma la existencia de tal tipo de aventura y su fracaso en ella, reconociendo su derrota caballeresca.

La aventura guardada aparece por última vez en la Primera parte justo antes del regreso final a la aldea: “Don Quijote, que vio los extraños trajes de los disciplinantes, [...] se imaginó que eran **cosa de aventura y que a él sólo tocaba**, como a caballero andante, acometerla”.<sup>28</sup> A diferencia de lo que ocurre con los encamisados y los batanes, sólo el caballero cree encontrarse ante una aventura. Ni Sancho, ni ningún otro de sus acompañantes, se confunden. El narrador marca que don Quijote los debía conocer,

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 476.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 454.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 523.

pero su locura lo engaña. Una vez más es a través del narrador que conocemos los confusos pensamientos del hidalgo, pues salvo éstos nada permite pensar en una aventura y mucho menos una guardada.

La acción caballerescas de don Quijote fracasa, pues es golpeado brutalmente por uno de los disciplinantes. Así, la última mención de la aventura guardada remarca la ausencia de un destino, la caída absoluta y el ridículo del personaje, que había ido en aumento desde que quedó colgado del brazo en la venta.

### *Segunda parte*

La primera aventura que don Quijote califica como guardada es la de la cueva de Montesinos. Antes de descender en ella el caballero afirma: “Ata y calla [Sancho] —respondió don Quijote— que **tal empresa como aquésta, para mí estaba guardada**”.<sup>29</sup> En este diálogo, una vez más, el caballero, yendo en contra de la lógica de estas aventuras, es el que determina que le está reservada.

Más adelante don Quijote, al contar su sueño a Sancho y al primo humanista de un licenciado, vuelve a mencionar tal tipo de aventura, cuando afirma que en su experiencia onírica Montesinos dijo: “**hazaña** [*i. e.* la entrada a la cueva] **sólo guardada** para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo”.<sup>30</sup> Los rasgos de la aventura guardada del sueño, fingido o no, corresponden a los de la tradición caballerescas. Así, un personaje con características maravillosas, el encantado Montesinos, informa al caballero que se encuentra en una aventura reservada para él. La presencia del caballero en la sima de la cueva, espacio propicio para la aparición de lo maravilloso, prueba su valentía y demuestra ser el elegido. Así, en este sueño don Quijote es caracterizado como el mejor caballero del mundo.

En el episodio se manifiesta con claridad el tan anhelado destino heroico de don Quijote. El caballero confirma ser el héroe predestinado, cuando cuenta cómo Montesinos habló de él a Durandarte: “Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia [...] aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizada el sabio Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podía ser que nosotros fuésemos desencantados, que **las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas**”.<sup>31</sup>

Aquí reaparecen los elementos de la tradición caballerescas aún más hiperbolizados que en la primera mención de la aventura guardada que hace Montesinos. Destaca sin duda la existencia de profecías realizadas por Merlín, el mago y profeta por excelencia de la caballería. Así, encontramos elementos proféticos y maravillosos provenientes

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 720.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 724.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 727.



del encantador más importante que anticipan la aventura máxima en la que sólo el héroe elegido puede triunfar: el desencantamiento de Dulcinea y varios personajes centrales de materia de Francia y de Bretaña. Además la caracterización del elegido se encuentra reforzada con la etopeya casi mesiánica de don Quijote. Ni Cide Hamete Benengeli, en el capítulo XXIV, ni la crítica han podido determinar si el protagonista miente o el sueño existió. Por tanto es posible que sea una creación del caballero manchego en la que nuevamente se esté definiendo a sí mismo. Aunque también puede estar diciendo la verdad. De ser así, el caballero puede confirmar por vez primera que ha encontrado su aventura guardada, aunque poco después comenzará el desengaño.

Sin duda, todos los elementos retomados de la aventura guardada de la novela de caballerías resultan cómicos para el lector por los antecedentes caballerescos de don Quijote y por el verdadero origen de la aventura del desencantamiento de Dulcinea. Así, sin saberlo, don Quijote queda completamente deshonorado y ridiculizado, pues su destino no está en sus manos, ni vinculado a las fuerzas maravillosas o milagrosas. Éste se encuentra regido por el engaño que le hizo su escudero en el capítulo X de la Segunda parte, el encantamiento de Dulcinea, y luego por los otros personajes que toman su locura como un juego.

Pocos episodios después, don Quijote cree encontrar una nueva aventura al ver un barco sin velas ni remos sobre el río Ebro: “este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe estar puesta en alguna muy grande cuita”.<sup>32</sup> El caballero manchego, confundido por su locura y la similitud de la situación con muchos episodios de las novelas de caballerías, una vez más determina que se trata de otra aventura destinada para él. La interpretación que hace don Quijote es menos enloquecida que, por ejemplo, en los molinos de viento y se vincula al episodio de la cueva, como ocurre en la mente del hidalgo, quien antes de ver el barco: “fue y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos, que, puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas...”<sup>33</sup>

Tras su fracaso, el caballero dice: “Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar **guardada y reservada esta aventura**”.<sup>34</sup> Aquí don Quijote no reconoce la inexistencia de la aventura, como sí lo hizo con los encamisados y los batanes: “aunque parece aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos”.<sup>35</sup> El peligro y los enharinados, tomados por diablos por don Quijote, bastan para confirmar la existencia de la aventura. Aunque es claro que el caballero percibe la realidad,

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 772.

<sup>33</sup> *Idem.*

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 778.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 776.

afirmar que ésta es como la ve; implicaría negar a Dulcinea y su desencantamiento. Como en la venta, el héroe reconoce el fracaso sólo dentro de sus propios parámetros.

Respecto a este episodio Eduardo Urbina afirma que: “La aventura guardada [para el caballero que falla, como Amadís y don Quijote] señala el punto en la carrera del caballero en que éste, a consecuencia de un error o fallo previos, ha de reconocer los límites de su propia empresa. La experiencia de esta frustración suele suponer el final de su misión”.<sup>36</sup>

El crítico no aclara cuál es el fallo del héroe manchego. No se trata del amor, como ocurre a Amadís, ni de un error caballeresco. El problema de don Quijote es su falso origen de caballero, reflejo de la separación entre su mente y la realidad, razón por la que no existe su destino heroico, ni aventuras para él.

La crisis del destino caballeresco que el hidalgo cree haber encontrado se vuelve innegable con la aparición explícita de Merlín y su profecía sobre el desencantamiento de Dulcinea: “es menester que Sancho tu escudero / se dé tres mil azotes y trescientos / en ambas sus valientes posaderas”.<sup>37</sup> Luego, don Quijote, caballero en función de su dama, ha perdido la posibilidad de desencantarla y cumplir su deber con ella. Ahora, en una inversión genial de Cervantes, la más grande aventura quijotesca sólo puede ser terminada por el héroe escogido: el escudero villano Sancho Panza. Por tanto, nunca llegará la anagnórisis que confirme a don Quijote como el mejor caballero del mundo. Todo lo anterior no posee un tono trágico, sino de humor, surgido del contraste entre el tono alto y serio de la profecía y su ridículo contenido.

En términos generales, respecto a la aventura guardada en el *Quijote* se puede afirmar que ésta surge del deseo del hidalgo por confirmar sus convicciones caballerescas y no del mundo que lo rodea, donde la aventura no es parte de él, como lo señalaba Auerbach. El caballero recurre a ella para confirmar que él es el caballero elegido. Su búsqueda casi siempre lo decepciona. En el episodio de los encamisados y los batanes, donde reconoce su error, el fracaso proviene de su locura, pues ni en la realidad ni en su imaginación la situación que se le presenta asemeja a las aventuras guardadas de la novela de caballerías. Por tanto, casi no aparecen los elementos proféticos y maravillosos destinados a confirmar el destino heroico del caballero. La excepción a esto es la aventura de la princesa Micomicona y la de la cueva de Montesinos, cuando don Quijote cree estar ante personajes que corresponden a los de la literatura caballeresca.

La función de caracterización del héroe que tiene la aventura guardada permanece, pero no corresponde al ideal caballeresco, sino a la comicidad. De cualquier manera, en estas aventuras de don Quijote conviven ambas caracterizaciones, pues a pesar de quedar en ridículo, el caballero expresa cómo le gustaría ser. Las casi siempre soberbias palabras del hidalgo, que entre otras cosas lo llevan a negar que la aventura de la

<sup>36</sup> Eduardo Urbina, “La aventura guardada: don Quijote como caballero desventurado”, en Antonio Vianova, ed., *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, p. 724.

<sup>37</sup> M. Cervantes, *op. cit.*, p. 824.

princesa Micomicona estuviera guardada, marcan el contraste entre ambas caracterizaciones y contribuyen al humor.

Don Quijote también retoma la función que tiene la aventura guardada cuando un caballero distinto al elegido la prueba. Así, el héroe puede explicarse su derrota en la venta y en el barco encantado, pues él no está destinado para tal aventura. En su locura resulta incapaz de ver las implicaciones que esto tiene para él como caballero, pues esto significa que no está destinado, y lo que sucede en la realidad. Por ello, el fracaso en estas aventuras también muestra el descenso del personaje.

Entre las aventuras de la Primera y la Segunda parte hay pocas diferencias. La principal es sin duda el encantamiento de Dulcinea. De ahí surge la temática del sueño de Montesinos y una nueva necesidad de negar la realidad, como ocurre en el episodio del barco encantado. En ambas partes las supuestas aventuras guardadas confirman la locura del caballero y la inexistencia del destino caballeresco en su realidad.

Así, la combinación del paradigma del caballero ideal, como el del *Amadís*, y el de las novelas de caballerías de la segunda mitad del XVI, enfocadas en el entretenimiento,<sup>38</sup> produce que los personajes, los tópicos, los motivos, las aventuras, etcétera, del primer paradigma se reelaboren y refuncionalicen para servir al humor.

### Bibliografía

- AUERBACH, Eric, “La salida del caballero cortesano”, en su *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Trad. de Ignacio Villanueva y Eugenio Ímaz. México, FCE, 2006, pp. 121-138.
- CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico. México, Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara, 2004.
- DEYERMOND, Alan, “The Lost Genre of Medieval Spanish Literature”, en *Hispanic Review*, 43, 1975, pp. 231-259.
- KÖHLER, Eric, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*. Trad. de Blanca Garí. Barcelona, Sirmio, 1990.
- LENDO, Rosalba, “La evolución de la figura del caballero en la novela artúrica francesa”, en Aurelio González y María Teresa Miaja de la Peña, eds., *Caballeros y libros de caballerías*. México, UNAM, 2008, pp. 81-94.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *De los libros de caballerías manuscritos al Quijote*. Madrid, Sial, 2004.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Amadís de Gaula*. Ed. de Juan Manuel Cacho Blecua. Madrid, Cátedra, 2001.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Las sergas de Esplandián*. Ed. de Carlos Sáinz de la Maza. Madrid, Castalia, 2003.

<sup>38</sup> José Manuel Lucía Megías, *De los libros de caballerías manuscritos al Quijote*, p. 240.

URBINA, Eduardo, “La aventura guardada: don Quijote como caballero desventurado”, en Antonio Vilanova, eds., *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Barcelona, PPU, 1989, pp. 724-732.

WILLIAMSON, Edwin, *The Half-Way House of Fiction. “Don Quixote” and Arthurian Romance*. Oxford, Clarendon Press, 1984.